
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin

COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

*Director y editor responsable: P. Dr. Luis Baliña
Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

<i>Editorial</i>	3	Las bodas de Caná
<i>Joseph Ratzinger</i>	9	El signo de Caná
<i>Adalbert Rebic</i>	17	El agua transformada en vino
<i>M. Figura</i>	27	La hora de Jesús en el evangelio de Juan
<i>Juan M. Sara Albizu</i>	37	Hans Urs von Balthasar: Fe cristiana y servicio al mundo
<i>Alberto Espezel</i>	55	Deseo y promesa
<i>Tony Anatrella</i>	73	Legislación y Género
<i>M. F. Begué</i>	93	Adiós y Gracias

ADIÓS Y GRACIAS

Homenaje a Paul Ricoeur

*M.F.Begué**

“Ciertos encuentros, no sólo me aportan razones para vivir, que puedo evaluar, aprobar, sino que operan verdaderamente, como en el corazón del querer, una conversión que tiene el alcance de un verdadero engendramiento espiritual. Estos encuentros son creadores de libertad”.¹

El 20 de mayo del 2005, después de haber dicho por última vez “adiós” y “gracias”, P. Ricoeur murió, plácidamente, mientras dormía. Quisiera aprovechar este tiempo de aniversario para honrar, agradecida, al maestro y al amigo. No voy a tratar las grandes etapas de su pensamiento, rico y fecundo, que tantos otros han dibujado con brillo y claridad. Sólo quiero presentar un semblante de su persona que, para mí, fue el ejemplo de cómo vivir en su época y cómo cultivar una “memoria apaciguada”.

* Profesora de filosofía. Miembro del consejo de redacción de la *Communio* argentina.

¹ P. Ricoeur, *Le volontaire et l'involontaire*, Paris, Aubier, 1950, p. 123.

“Allô, Mr. Ricoeur...”

Me presento, y para mi sorpresa, Paul Ricoeur me invita a almorzar. Con gran amabilidad me pasa a buscar, caminando, por mi domicilio y vamos a un pequeño restaurante cercano de allí. El lugar no parecía tener demasiada importancia para él; sólo se trataba de conversar y de conocerse. En las vísperas de su venida a Buenos Aires, para esta ocasión, yo le había ofrecido mis servicios de traductora.

Mientras comemos, me cuenta que está por publicar *Temps et Récit*, en la Editorial “du Seuil”. El director de la colección, su exigente amigo François Wahl, con el argumento de que el texto era demasiado pesado para los futuros lectores, se lo había corregido tanto, que casi debía redactarlo de nuevo. “Le debo mucho a F.Wahl, su experiencia editorial me ha enseñado enormemente, aunque, por momentos, es duro”. No habían pasado dos horas y ya Ricoeur, con esa sencillez que lo caracterizó siempre, se mostraba ante alguien casi desconocido, como si fuera un aprendiz obediente. Cuando uno conoce los tres volúmenes de *Temps et Récit*, su tamaño y su contenido, se puede preguntar ¿qué es lo que tenía que aprender Ricoeur? ; y también imaginar lo que esto le significaba en la práctica.

A este hombre, en permanente diálogo con tantos pensadores y tantos textos, le resultaba difícil seleccionar a quién reconocer su deuda. Siempre pensaba que el otro tenía algo que ensañarle. Cierta timidez o pudor lo acompañaba, pero nunca una actitud *a priori* de desconfianza. El filósofo, que supo nombrar a los “maestros de la sospecha”, no practicaba la sospecha *a priori* con sus interlocutores. Ricoeur era un hombre de escucha que acogía verdaderamente lo que le decían. Sus respuestas eran siempre una invitación a ir más allá; preocupado por realzar, en cada situación, lo que había de justo y verdadero. Tenía el don de crear una atmósfera donde la estima otorgaba a la relación una altísima calidad.

En aquel almuerzo, Ricoeur también escuchó mis preocupaciones y me indicó por dónde entrar en su pensamiento, para trabajar el proyecto de mi tesis. Yo buscaba conectar mi vocación por la filo-

sofia con mi vocación por el arte y con mi experiencia religiosa, pero todo esto vinculado con la situación ontológica del hombre que se me presentaba como dramática. La lectura de su obra me había permitido estructurar mi mundo simbólico, habitado –como nos pasa a cada uno– por la propia mitología personal. Me aconsejó comenzar por *Finitud y culpabilidad*, ya que, a su parecer, la “imaginación creadora” se presentaba como el lugar del entrecruzamiento de mis planteos.

También, en aquel encuentro, tuve la intuición de dónde estaba el centro de Ricoeur. Su jardín interior, íntimo y privado, estaba muy cultivado por el silencio... y la palabra, suya, de los otros y del Otro. A ella, él mismo parecía haberle entregado su voluntad de trabajar, en todos los órdenes, para que se destapen “los fondos de bondad y de verdad” que semillan en las situaciones y en las personas.

Se ha hablado mucho del cuidado que ponía este pensador en no mezclar los géneros filosófico y teológico. Tenía la convicción de que, “lejos de separar, las diferencias permiten un diálogo más fecundo, a condición de no ignorarse ni despreciarse”². Consideraba que la filosofía tiene sus propios enfoques, sus argumentaciones y sus exigencias que le exigen un tipo de reflexión particular. Por otra parte, nunca se dejó llamar “teólogo”. Si bien su fe era muy activa y mantuvo estrechos lazos con la teología, pensaba que su reflexión estaba más en la línea de una hermenéutica de la experiencia religiosa y de la exégesis bíblica, que de las conclusiones sistemáticas acerca de una “*logía de Dios*”.

Pero esta “aparente esquizofrenia” –como le gustaba decir a él– se integraba perfectamente en su vida de hombre comprometido. En la práctica, Ricoeur articulaba lo que por método mantenía separado. Hay una profundísima coherencia entre su obrar y su pensar. Podemos hablar propiamente de un “obrar reflexionante”. Nada en él de arrebatos o de motivaciones caprichosas. Nuestro amigo reflexio-

² A. Gounelle en *Évangile et liberté*, juin-juillet, 2005, p. 13

naba todo, las situaciones, las actuaciones, las ideas. Para él, todo gesto tenía una tal densidad simbólica que podía ayudar a construir o a destruir. Por eso se preocupaba tanto por encontrar siempre el “punto de creación”, de “promoción” de algún valor, encarnado cada vez en situaciones nuevas. Su acción estaba impregnada por esta intención de colaborar con una realización de lo humano que alcanzara a todo hombre en cualquier tiempo y lugar.

Pero Ricoeur no era ingenuo y sabía que la historia determina tanto a las personas como a las comunidades y los pueblos, y que su efectualidad alcanza diferentes niveles. De ahí su insistencia por detectar, en la propia sociedad a la que pertenece, el proyecto inmanente que gesta, más allá del que ella deliberadamente muestra.

Un artículo del año 1969³, nos sirve de ejemplo. Después de un lúcido análisis de la situación, Ricoeur observa allí que el problema de los problemas en nuestro Occidente contemporáneo es el “sin-sentido”.

“Participamos de una sociedad que se entiende y quiere bajo el signo de un desarrollo de carácter consciente, voluntario, concertado”⁴.

Pero a la vez, han aparecido nuevas y sutiles esclavitudes, vinculadas con el consumo y con cierto ejercicio del poder, no solamente político sino también científico-técnico.

¿Cómo detectar los puntos débiles y serviles dentro mismo de la libertad que el mundo Occidental proclama y que, por otra parte, es unpreciado bien?. “Hay que ejercitar una lucidez y una desconfianza, una sospecha, mediante una reflexión de segundo grado, respecto de esta libertad”...⁵

Tal vez sea necesario “rectificar nuestra interpretación de la

³ P. Ricoeur, “Análisis del mundo y perspectiva cristiana”, en *La Iglesia de mañana, crisis y esperanza*, ed. Nova Terra, Barcelona, 1970, p 137-155.

⁴ Op. cit., p. 144

⁵ idem

libertad y descubrir nuevas formas de opción abiertas por la sociedad".⁶ Como si cierto maleficio viniera a impregnarla sutilmente y cuya figura debemos discernir.

El Ricoeur filósofo la detecta en "cuatro cuestiones antropológico-sociales que me parecen clave: la cuestión de la autonomía, la cuestión del deseo, la cuestión del poder y la cuestión del no-sentido".⁷

1. La cuestión de la autonomía. Es cierto que vivimos en un mundo donde el hombre toma cada vez más conciencia de su autonomía. "En el sentido propio de la palabra, el hombre es para sí mismo su propia ley".⁸

Sin embargo, su autonomía es ambigua. Por un lado, ella significa ciertamente un retroceso de la fatalidad y de la casualidad, como si el hombre estuviera saliendo de una prehistoria para entrar en una verdadera vida adulta. Al hacerse adulto, el hombre también hace retroceder cierta sacralidad, la cual solamente expresaba su dependencia respecto de fuerzas desconocidas y que permaneció proporcional a la ignorancia de mecanismos y estructuras, vividos como fatalidades regidas por un destino incomprensible. Aquel momento produjo, lo que se llamó una "desmitificación integral", cuyo proceso trajo la "liberación de la falsa religión".

Pero esta hecatombe también arrastró cierta inocencia en el vínculo con lo originario, "lo que la *Biblia* llama pecado y que no es la transgresión de una ley sino una cierta situación del hombre ante Dios"⁹.

"El pecado no es el hecho de que el hombre sea más responsable, ello, con seguridad, es un bien, sino el hecho de que esta respon-

⁶ Op.cit., p. 139

⁷ Op.cit., p. 145

⁸ idem

⁹ op. cit, p. 146

sabilidad tienda a exiliar al Señor a una trascendencia abstracta, sin signo y sin expresión. Estamos en el tiempo árido en que Dios no habla”.¹⁰

Ricoeur señala que respecto de la autonomía, nuestro problema debe ser el *ateísmo práctico* en el que vivimos. “Cada día podemos vivir y escoger más, sin ninguna referencia no sólo a la religión antigua, sino a toda clase de fe. Cada día vivimos más en un mundo privado de signos, no solo despojado de objetos sagrados, sino incluso de signos”.¹¹

2. La cuestión del deseo. Al entregarnos a nosotros mismos, ¿a quién nos hemos entregado? . “A algo que podemos seguir llamando, en el lenguaje de los teólogos, la *codicia* o la *concupiscencia*, la cuestión de la autonomía es la cuestión del deseo”.¹²

El hombre de hoy, que analiza y organiza, prevé y controla, no es neutro, está al servicio del hombre de deseo. Cada vez es mayor la fascinación colectiva por el propio crecimiento. Pero el sentido de este crecimiento, —señala Ricoeur— también es ambiguo.

El enriquecimiento es ciertamente una cosa buena, pero el sentido del desarrollo está planeado por la “sociedad de la abundancia”, hacia la cual apuntan los pueblos, cada vez que tienen la oportunidad. Esta sociedad crea modelos de consumo y modelos de cultura que hoy son difundidos inmediatamente por todo el mundo. Hasta los pueblos más pobres participan culturalmente de los problemas, las ambiciones, los ideales, los ídolos de quienes están a la cabeza del progreso. “Todas las sociedades persiguen el bienestar, pero ¿qué bienestar?. ¿Qué idea de la felicidad nos hacemos persiguiendo el bienestar?. ¿Qué relación tiene esta idea con las Bienaventuranzas?”.¹³

¹⁰ idem

¹¹ idem

¹² idem

¹³ op cit. P. 147

El propio deseo está tocado por lo que Hegel ya llamaba el “malo infinito”, el deseo sin fin. Estamos experimentando colectivamente el deseo sin fin.

“La ética puritana es falsa. Si bien, a mi entender, la fruición no es un problema teológico, ciertamente si lo es ‘la cautividad del deseo, que se presenta muy concretamente para nosotros con la forma de la bulimia del consumidor. Nos encontramos cada vez más en la situación del consumidor que consume, que destruye los frutos de la creatividad, la que se refugia en contados individuos’”.¹⁴

Cada vez son más los consumidores y menos los creadores. La repetición de los productos, disfrazados y revestidos de aparente novedad, es el testimonio que cualquiera puede encontrar con solo salir a la calle. Hay aquí un peligro muy sutil que puede ser mortal: “Se crea un tipo de hombre que, a medida que es más dueño de sus propias opciones, se hace cada vez más cautivo de deseo”.¹⁵ Es la servidumbre propia de la opción puesta al servicio de la vanidad.

3. El problema del poder. Ciertamente, a través de la conquista de la autonomía y del máximo consumo, “perseguimos un sueño de poder”.

Esta palabra también es ambigua, porque tiene muchas implicancias. “Queremos dominar las cosas, dominar la naturaleza, dominar a los demás hombres; pero esta relación de dominio lleva implícita, sin duda alguna, no solamente una emboscada, sino también una nueva forma de miseria”.¹⁶

Esta miseria es la que denuncia Jean Brun en su libro *Las conquistas del hombre y la separación ontológica*. El sueño técnico del hombre ha llegado a la voluntad de suprimir ciertos aspectos fundamentales de la condición humana. Buscamos aniquilar la separa-

¹⁴ idem

¹⁵ idem

¹⁶ op. cit, p. 148

ción espacio-tiempo con la omnipresencia virtual, soñamos con una vida sin fin y con la posibilidad de regenerarnos a capricho; pero lo que sucede es que, en todos nuestros comportamientos, generamos un tipo de vínculo que nos coloca en el orden de lo manejable y del utensilio. Lo que Heidegger llamó lo “a la mano”.

La extensión sin fin de lo “disponible” y “manipulable” nos va impregnando de tal manera que toda cosa, toda situación, se vuelve “ocasión de dominio”. Pero aquí precisamente se abre quizás el peor problema que es el “vacío abierto por un cierto sin-sentido”.¹⁷

4. *El problema del sentido.*

Ricoeur considera que es una grave ilusión juzgar nuestro tiempo sólo en términos de racionalidad creciente y que también hay que “juzgarlo en términos de creciente absurdidad”. “Comprender nuestro tiempo es tomar conjuntamente estos dos fenómenos: el progreso de la racionalidad y lo que yo llamaría “la regresión del sentido”.¹⁸ Somos contemporáneos de ambos. Se trata de la eclosión de lo absurdo por lo absurdo mismo. Pero para ello “no hay que separar el progreso técnico del descontento, de la rebelión”, cuyo testimonio vivo presentan nuestra literatura y nuestras artes.

Tocamos aquí el problema de la *insignificancia* que es una de las características de todo proyecto simplemente instrumental. El mundo de la previsión y la planificación nos ha llevado al gran desarrollo de “una inteligencia de medios”, de una “inteligencia instrumental”, y esto es ciertamente un progreso. Pero la ambigüedad está en que al mismo tiempo desaparecen y se disuelven los objetivos. El orden instrumental no tiene su fin en sí mismo, sino en aquello *para lo cual* él tiene su razón de ser.

Una sociedad que aumenta sus medios instrumentales pero carece de objetivos claros, es fuente de profundos descontentos. A

¹⁷ op. cit.p. 149

¹⁸ idem

medida que proliferan lo disponible y lo manejable y que se satisfacen las necesidades primarias, “entramos en el mundo del capricho y de lo arbitrario”, de lo que Ricoeur llama “el mundo del gesto cualquiera”. “Lo que más les falta a los hombres es, ciertamente justicia, seguramente amor, pero todavía más descubrir el sentido de las cosas”. La falta de sentido del trabajo, del ocio, de la sexualidad; “he aquí sobre lo que desembocamos”.¹⁹

Signos de la gracia

Ante estas cuestiones: ¿Qué decir?. ¿Qué hacer?. ¿Qué signos de la gracia podemos detectar y cómo ser nosotros mismos sus instrumentos?.

1. Perspectiva y análisis. Para Ricoeur es un error soñar con el pasado. El cristiano no es un nostálgico. Donde abunda el pecado, la gracia sobreabunda. ¿Cómo ser testigos de esta sobreabundancia?. Se trata de tener una visión del hombre que mire a la vez los dos extremos: la totalidad y la singularidad.

Se trata de buscar personalizar al máximo las relaciones, que tienden a volverse cada vez más abstractas y virtuales, pero sin perder los recursos positivos que nos otorgó el conocimiento global. Lo que aquí cuenta, son las *acciones concretas*, a partir de pequeños grupos eficaces. La lucha contra la deshumanización en los grandes centros urbanos, los hospitales psiquiátricos, los asilos de ancianos, etc., nos ofrecen modelos de lo que Ricoeur llama “acción personalizadora”.

El objetivo de esta acción es ciertamente una *utopía*: que cada hombre se realice plenamente, ya que, como decía Spinoza, “cuanto más conocemos las cosas singulares, más conocemos a Dios”.

¹⁹ *idem*, p. 150

“La moral social no parte de un sistema, sino de una paradoja; ella apunta a dos cosas opuestas: ella es una utopía de la totalidad humana, a la vez que una utopía de la singularidad humana... su plena y no contradictoria realización sería el ‘Reino de Dios’”.²⁰

Esta intención es la que otorga *perspectiva* a nuestra opción. Si vemos la orientación hacia dónde educar, ya no estamos *desorbitados*. Pero falta mucho por hacer. Ricoeur considera que la tarea del educador es ser utopista; ella significa mantener en el seno de la sociedad una constante tensión entre la perspectiva y el análisis de la situación. Las motivaciones más hondas echan sus raíces en las grandes imágenes utópicas. La imaginación es la madre de todo proyecto.

Sin embargo, Ricoeur hace notar que esta actitud utopista debe estar contrarrestada dialécticamente por una simultánea actitud situacional. De otro modo, corremos el riesgo de caer en su contraria, igualmente abstracta, que son las ideologías. Ya todos conocemos la distinción acertada que propusiera E. Weil, al reflexionar acerca de los horrores de la guerra, entre la “ética de la convicción” y la “ética de la responsabilidad”. Podemos encontrar en esta “ética de la convicción”, no sólo una justificación sino, sobre todo, una fuente de inspiración para compromisos concretos y opciones discernidas.

2. Sustraerse a la posible fascinación de deseo y del poder.

El más antiguo de los problemas de la ética es la buena administración del deseo.

Para contrarrestar la amenaza devastadora del sin-sentido, no basta con pleitear por la utopía. Se necesitan otras respuestas que asuman la responsabilidad de las situaciones concretas, cada vez ajustadas a los problemas del poder, de la fruición y de la autonomía. El orden de las convicciones no tiene autoridad si no está “sostenido por individuos que se sustraigan a la fascinación del poder y del máximo

²⁰ op. cit, p. 151-152

goce, y que juntos descubran las virtudes de la dependencia y de la obediencia”.²¹

Sustraerse a la fascinación del poder significa cultivar interiormente una actitud que nos permita “habitar este mundo sin dominarlo. Reanudar una relación paterna con los seres, con una especie de amistad franciscana con la creación. Reencontrar lo amable, lo agraciado, lo imprevisto, lo inaudito... Aquí tiene su sentido “la comunión de los santos”.

“Los que son depositarios del poder pueden colocarse, secretamente, en beneficio de quienes han renunciado a todo poder: ¿no es la castidad del monje la que ayuda y sostiene la rectitud del lazo conyugal?. ¿Y la pobreza del monje la que ayuda y soporta el uso moderado de bienes?”.²²

En una conversación con su amigo el hermano Roger, fundador de la Comunidad Monástica de Taizé, nuestro filósofo dice: “Tengo a veces la impresión de que, en esta especie de actitud paciente y silenciosa de todos los miembros de la comunidad, todo el mundo obedece sin que nadie mande. De ello deriva la impresión del acto alegre, diría más, de *obediencia amante*, sí, de obediencia amante: todo lo contrario de una sumisión y todo lo contrario de un merodeo. Este camino, generalmente estrecho, entre lo que acabo de llamar sumisión y merodeo, aquí se encuentra extensamente marcado por la vida comunitaria. Ahora bien, es de ello que nosotros, los participantes, como creo haberlo sido y ser aquí, nos beneficiamos. Nos beneficiamos de esta obediencia amante que tenemos, precisamente, respecto del ejemplo dado. La comunidad no impone un tipo de modelo intimidatorio, sino un tipo de *exhortación amistosa*. Me gusta la palabra exhortación porque no nos encontramos en el ámbito del mandamiento, y aún menos de la coacción, pero tampoco estamos en el orden de la desconfianza y de la indecisión, que es lo que hoy abunda

²¹ op. cit., p. 153

²² idem

en lo profesional, en la vida urbana, en el trabajo como en el tiempo libre. Esta tranquilidad compartida representa para mí la felicidad de la vida junto a la comunidad de Taizé”.²³

Así se abre una nueva dialéctica, entre el no poder y el poder, entre el no disfrute y el disfrute, entre la obediencia y la autonomía, que puede vivirse muy concretamente. A partir de esta dialéctica, podemos empezar a entrever una respuesta a esta simple cuestión: ¿qué signos de la gracia podemos encontrar y darle a este mundo del máximo consumo y del deseo sin fin?. Se nos invita a una verdadera *poética de la gracia* y a una *poética de la moral*, que podrían apoyarse sobre algunos comportamientos significativos:

a. *Intentar* que prevalezca en todas las situaciones, la *actitud de creador* sobre la de consumidor.

b. *Resistir* al ocio como escape, es decir, a la tentación de transferir al ocio todo el sentido de trabajo humano. Esto es, *restituir* al trabajo su sentido propio y pleno.

c. En el ocio mismo, *resistir* a las sugerencias e impulsos del consumo de masa, para *reencontrar* el camino de la cultura personal y libre. Gracias a ello, mantenernos en relación con lo que fue y es creador.

d. Volver a *arraigarnos* en las fundaciones y el recuerdo de nuestra cultura. La innovación técnica borra el pasado y hace de los hombres, seres orientados solamente de cara al futuro. Pero el hombre de cultura concreto debe continuamente *arbitrar* la relación entre *recuerdo* (cultura-tradición) y *proyecto*(utopía). “Permanecemos y somos creadores a partir de una interpretación del pasado que nos interpela sin cesar... Somos hombres nacidos en la luz de la palabra y debemos explicitarla sin fin”.²⁴

²³ Extractos tomados de una conversación que tuvo lugar durante la Semana Santa y Pascua del 2000 y que el Hermano Roger envió a los familiares y amigos de P. Ricoeur, pocos días después de su muerte. 5 /2005

²⁴ op. cit., p. 154

3. Obediencia en la autonomía

¿Cómo romper la confusión entre la auténtica dependencia de la criatura respecto de su Creador y el no-dominio del hombre, atrapado en las fatalidades de las que se habló más arriba, y que pertenece a las sociedades preindustriales?. Ricoeur considera que aquí estamos en los balbuceos, pero nos propone tres cosas.

a. Hacer prevalecer, en todas nuestras relaciones con la naturaleza, el deseo de conocimiento sobre el deseo de dominio. Volver a encontrar así la secreta connivencia entre el gozo de conocer y la “caridad de Cristo”.

b. Volver a encontrar la dependencia profunda, que es propia de toda actividad creadora: la necesidad más profunda que se esconde bajo toda opción...

c. Simplemente, volver a encontrar el camino del *don*.

Nuestro autor sospecha que no se puede proteger este mundo contra sus ilusiones y demonios, si no es mediante *acciones* que en apariencia se presentan como marginales, pero que en el fondo tienen una *gran significación*. Se trata de acciones que sean capaces de poner en duda, no el poder de turno sino la vinculación profunda del poder, del goce y de la autonomía con la existencia en general. Hombres y comunidades capaces de *mantenerse al margen sin ausentarse* de estas estructuras, de *testimoniar* que es posible vivir *de otra manera* sin exiliarse de la realidad, ni refugiarse en quimeras; hombres que inviten a vivir *en* el mundo desde la “prospectiva”.

Entiendo que se trata de una verdadera *poética del querer* donde “el vínculo de motivación” es asimilado por “el vínculo de creación” y renovación.

Para esto es necesaria la actitud del *don* y del reconocimiento mutuo. Ella es la que jerarquiza nuestras relaciones de cercanía y lejanía con las cosas y, sobre todo, con nuestros semejantes. Estamos llamados a mantener vínculos dinámicos con las personas, y, en la

medida en que se afina nuestro reconocimiento personalizado, poder nombrar a cada uno por su nombre *propio*, aquel que lo hace propiamente quien es; esto significa instalar la dinámica de la amistad y del amor, citada como acápite del trabajo.²⁵

Aquí también podemos citar algo específico.

Cuando salió su penúltimo libro, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, nuestro amigo quiso reunir en su casa a sus seres cercanos y allí, entre otras cosas, nos leyó un texto que figura en dicho libro: “Los seres cercanos son “esas personas que cuentan para nosotros y para quienes contamos... que hacen de la proximidad, una relación dinámica siempre en movimiento: sentirse cercano... La proximidad sería así la réplica de la amistad... Los cercanos son los otros en tanto que próximos, en tanto que privilegiados... Volverse cercano es la réplica del hacerse amigo; es ponerse al ritmo propio de su dinamismo, el cual, en cada situación, marca la ‘justa distancia’, temple la ‘justa medida’ entre la tendencia fusional del amor erótico y la orientación al universal abstracto del vínculo social, marcado por el intercambio de los roles... Los cercanos comparten con nosotros, en cierta medida, ‘la memoria compartida’.

“A la contemporaneidad de ‘tomar juntos edad’ (*prendre de l'âge*), ellos agregan una nota especial a los dos ‘acontecimientos’ que limitan una vida humana, el nacimiento y la muerte. El primero escapa a mi memoria, el segundo interrumpe mis proyectos... Ambos han importado o van a importar a mis cercanos. Algunos podrán lamentar mi muerte. Pero antes, algunos pudieron alegrarse con mi nacimiento y celebrar en esa ocasión, el milagro de la natalidad y la donación del nombre con el cual yo me designaré a mí mismo durante toda mi vida...

“Mientras tanto, mis cercanos son aquellos que aprueban mi existencia y cuya existencia yo apruebo, con igual y recíproca estima. La mutua aprobación expresa el compartir la mutua aserción que

²⁵ P. Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, ed. du Seuil, Paris, 2000.

cada uno hace de sus poderes y sus no poderes, lo que yo llamo, en *Soi-même comme un autre*, la atestación. ¿Qué espero de mis seres cercanos? Que ellos aprueben lo que yo atestigo: que puedo hablar, obrar, narrar, imputarme a mí mismo la responsabilidad de mis actos... Que al aprobarme se alegren de mí y al desaprobarme se entristezcan de mí... Y diría más: incluyo entre mis seres cercanos aquellos que, aún desaprobando mis acciones, no desaprueban mi existencia".²³

Ricoeur termina precisamente este libro con un pequeño poema:

“Bajo la historia, la memoria y el olvido
Bajo la memoria y el olvido, la vida.
Pero escribir la vida es otra historia.
Inacabamiento”.²⁴

¿Qué quiso escribir nuestro filósofo, con esta palabra “inacabamiento”, sabiendo que estaba llegando al final de su camino y viendo venir con serenidad su despedida?. ¿Qué enseñanza nos dejaba el maestro al modo de testamento?.

Jean Greisch en sus palabras de homenaje a la “buena muerte” de Ricoeur, interpreta: “El inacabamiento del que se trata aquí significa, ciertamente, la renuncia al saber absoluto. Pero, ¿es sinónimo de fracaso o de quebradura?... El ‘*cogito herido*’ del que Ricoeur ha hablado tan a menudo, acoge esta herida como una *gracia*, un poco como el apóstol Pablo cuando dice, ‘es cuando soy débil que entonces soy fuerte’. Al signar su obra con el término ‘inacabamiento’, Ricoeur parece invitarnos, paradójicamente, a pensar el inacabamiento como un modo de culminación, de cumplimiento”. Un modo de ser

²⁶ Op. cit, p. 162-163

²⁷ op. cit, p. 657

que nunca da por terminado, ni el preguntar, ni el responder, ni el obrar-padecer, ni el perdonar.

Vuelvo a evocar su persona, a través de la cita que el propio Ricoeur hace de Bernanos, quien le inspiró el título de su libro *Soi-même comme un autre*,²⁸ y que él quiere asumir para sí-mismo. “Es más fácil odiarse a uno mismo de lo que se cree. La gracia está en olvidarse de sí. Pero si todo orgullo ha muerto en nosotros, la gracia de las gracias sería amarse humildemente a uno mismo, como cualquiera de los miembros sufrientes de Jesucristo”.

¿Quién fue Ricoeur?. Desde la sobreabundancia de su ser capaz e incapaz al mismo tiempo, como cualquiera de nosotros, creo que Ricoeur fue un hombre que, por decisión personal, puso todos sus talentos, que no eran pocos, al servicio del “Reino” —como solía nombrarlo. El Reino que, si bien “no es de este mundo”, ya puede estar germinando en el corazón de cada uno.

Muchas gracias Paul Ricoeur.

Marie-France Begué de Gilotau

²⁸ P. Ricoeur, *Soi-même comme un autre*, du Seuil, Paris, 1990, p. 36

COMMUNIO *compromete su oración y agradece a sus amigos y lectores la contribución generosa y desinteresada que le han hecho llegar y que hace posible el sostenimiento de su publicación.*